

MARÍA PILAR QUERALT

Sin acuse de recibo



ediciones
del Genal

ediciones del Genal

© Textos *María Pilar Queralt*

© Imagen cubierta *Rafael Pérez Estrada y derechohabientes.*
Cedida por José Infante Martos (Colección privada)

Autora: *María Pilar Queralt*

Título: *Sin acuse de recibo*

Dirige la colección: *Manuel Francisco Reina*

Promueven: *Ayuntamiento de Málaga y
Empresa Malagueña de Transportes (EMT)*

Diseño y maquetación: *Nuria Ogalla Camacho*

Edita: *Promotora Cultural Malagueña*

Coordina: *Ediciones del Genal*

Colabora: *Librerías Proteo y Prometeo*

Depósito legal: *MA-1150-2016*

ISBN: *978-84-16626-85-4*

Nº 2

Málaga 2016

No está permitida la reproducción total o parcial de este libro, ni su tratamiento informático, ya sea electrónico, mecánico, por fotocopia, por registro u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito de Ediciones del Genal.

MARÍA PILAR QUERALT

Sin acuse de recibo



SIN ACUSE DE RECIBO

Madrid, 17 de noviembre de 1976

Marcos, mi amor:

Pasó. Tantos años pensando que mi cuerpo ya estaba dormido; que mi vida iba a cerrar sin apenas abrir el capítulo del sexo, cuando apareces tú y con tu juventud (o tal vez a pesar de ella) lo consigues. Te sorprendió saber que, a mis años, eras el primero. Debías imaginar lo que todo el mundo: que mi profesión, siempre de plató en plató maletín de maquillaje en ristre, no era la más adecuada para una vida de celibato. Sin embargo, ya ves, tanto cuerpo maquillado y tan pocos disfrutados.

Era lógico. El Ávila que me vio crecer entre la cohorte de abuela y tías que cobijaba a mi madre, viuda de guerra, era sin duda la idónea para dirigir mis pasos al cielo, pero no para ser mujer en el Madrid de los sesenta. Recuerdo charlas interminables frente al balcón que daba a la plaza de la Catedral hablándome de modestia, resignación, respeto, humildad... pero nunca de amor, placer o felicidad. Eran aquellas tardes de domingo cuando subían a merendar chocolate con bizcochos doña Carmen, la dueña de la mercería, don Ramón, el

párroco y don Cosme, el barbero. La obra la acabaron de completar las monjas de mi colegio, que hicieron lo imposible por enseñarme que el cuerpo es templo del Espíritu Santo y por tanto debe ser frío y duro como sus homónimos arquitectónicos; nos permitían, eso sí, aceptar el supremo sacrificio de ceder ante lo que denominaban las “bajas pasiones” de un marido en pro de la posibilidad de procrear nuevas vidas que sirvieran a Dios y a España (no recuerdo exactamente cuál era el orden de prioridades). El caso es que entre todos dejaron bien claro que este mundo era un valle de lágrimas y nuestras vidas un tránsito doloroso hacia la promesa de la gloria eterna.

Mi madre, por su parte, poco pudo hacer por mí. Tal vez ella hubiese sido capaz de hablarme de otra forma, ya que había vivido una sincera pero breve historia de amor con mi padre al que en la familia ni se nombraba pues había muerto combatiendo en las filas republicanas, pero los rigores de la posguerra fueron demasiado duros para su frágil salud y murió en 1943, cuando yo tenía poco más de siete años.

Desde ese momento, mi educación corrió a cargo de su hermana mayor, tía Matilde, también viuda de guerra, pero cargada de condecoraciones póstumas por la condición del difunto de “caído” durante el asedio al Alcázar de Toledo. Sin hijos, cuarentona y

peinadora de profesión, velando por mi futuro cambió su título por el de peluquera y abrió una de las primeras peluquerías de señoras del Ávila de posguerra.

Así, entre monjas y tías primero, y más tarde entre champús, peines, bigudíes y postizos de crepé, transcurrieron mi adolescencia y mi juventud. La única distracción la constituían las tardes de cine, cuando una serie de películas rodadas en los años treinta pero a las que en su momento la guerra civil había impedido llegar a las pantallas españolas, poblaron mi imaginación de Rhett Butler y Escarlatas O'Hara, Sras. Miniver, Jezabeles, Solteronas e incluso deliciosos perros Asta.

Absolutamente seducida por la magia de Hollywood, un buen día decidí cambiar la peluquería por la estética y poco después, armándome de valor, confesé que había seguido a escondidas un curso de maquillaje por correspondencia y anuncié mi propósito de marchar a Madrid con idea de abrirme camino como maquilladora de cine.

Ahora no me avergüenza confesar que en mi inconsciente latía siempre la idea de, mediante el maquillaje, tener la remota posibilidad de acariciar mejillas de seda, calibrar de cerca los músculos del Temible Burlón o, a escondidas de la Leigh, empapar con mi esponjilla el sudor que embrutecía al Brando de aquel tranvía que se llamó deseo. Lo cierto es

que tuve suerte; apenas llegar a Madrid mediados los años cincuenta, conseguí gracias a un amigo del bueno de don Cosme un puesto de maquilladora en el teatro de la Comedia y poco después, en 1958, llegó mi gran ocasión con la que sería la última película de Tyrone Power: “Salomón y la reina de Saba”. Buscaban maquilladoras y pese a que casi me desmayo cuando tuve de cerca a Power y a la espectacular Lollobrigida, conseguí la plaza y un par de años después me llamaron para trabajar de forma estable en los recién creados Estudios Bronston.

Fue allí donde comencé a soñar amores. Digo soñar, que no vivir, pues aquellas almas caritativas de mi infancia abulense habían asegurado mi virginidad pagando una prima muy alta: la de lograr convencerme de que todos los hombres del mundo no tenían nada mejor que hacer que seducirme, reírse de mis sentimientos y finalmente hundirme en el más abyecto de los lodos. Cierto es que soñaba con romances apasionados y que frecuentemente debía dominar aquella indómita sensación de desazón que aparecía cuando maquillaba según qué caras (y no digamos según qué cuerpos); pero el temor a que se pisotearan mis sentimientos o a parecer eso que se calificaba como una “mujer fácil” daban al traste con cualquier intento de pasar de la teoría a la práctica.

Recuerdo, por ejemplo, a aquel especialista al que conocí durante el rodaje de “55 Días en Pekín”. Con una increíble tenacidad me llevó, noche tras noche, a tomar una caña y unas gambas en aquel entrañable “Abuelo” de la calle de la Cruz. Pero mi actitud hierática y mis continuas e innecesarias afirmaciones de que yo era una mujer decente, consiguieron que él fuera el primero de una larga serie de hombres que, hartos de mis respingos cada vez que me rozaban una mano, desaparecían como por encanto.

Pero hoy, cuando ya no cumplo los cuarenta, después de maquillar a Fiorella y a Pepe para esa dichosa asignatura que Garci quiere aprobar, la que lo ha hecho y con nota he sido yo. Cuando me disponía a retocar el maquillaje de los figurantes, te has apartado del grupo, me has mirado y me has dicho al oído: “Prenda, quitame estos brillitos de la nariz”.

No sé aún por qué, pero te he dicho: “Aquí, no” y te he arrastrado hasta la sala de maquillaje, consciente de que ya no quedaba nadie allí. Apenas entrar, me has besado en la boca y sin dejarme apenas respirar me has desabrochado la bata; con una destreza increíble me has ido desnudando mientras me asegurabas que ya estabas harto de acompañarme hasta el portal de casa cuando acababa la sesión de rodaje, de mirarnos entre las luces de los decorados, de adivinar quién era yo realmente... y así,

sin esperarlo, me he rendido a tu pasión y me he dejado caer en el más desconocido y el más atractivo de los abismos. Por un momento, mis cuarenta y tantos se han abierto a tus veintipocos y he vuelto a sentirme joven sin por ello dejar de ser una mujer que sabe que lo que le resta por vivir, debe hacerlo deprisa.

Por eso quiero darte las gracias: por haberme dado la fuerza de tu juventud; por haberme hecho olvidar a aquella niña tímida que no quería dejar de llevar calcetines para que los niños no le vieran las piernas o que soñaba con encontrar el amor postulando para la Cruz Roja.

Gracias por esta locura efímera, puntual y maravillosa. No volveremos a vernos pero, gracias a ti, ya sé lo que es amar y puedo comenzar a amar a otros con la misma pasión y el mismo ardor con que te he amado. Tú me has dado tu fuerza y yo seguiré mi camino.

Un beso.

Elvira

Metió la carta en un sobre y después de cerrarlo, abrió el cajón de la cómoda y la guardó junto con las otras en aquella vieja caja de marquetería que se trajo a Madrid desde Ávila cuando, recién muer-

ta su tía Matilde, don Cosme la llamó para trabajar como oficiala en la nueva peluquería que había abierto en la calle Fuencarral. Había creído entonces que por fin se iban a materializar sus sueños de niña cuando aquel Madrid del seiscientos y la «guardia mora», de las barras americanas y el tasqueo, de Tony Leblanc y de los Estudios Bronston, se le antojaba un auténtico sosias de Hollywood; pero ni su diploma CCC de maquillaje, ni sus peregrinajes hasta los estudios en busca de trabajo le habían servido de mucho, y en Madrid se había limitado a continuar soñando y a seguir viendo pasar la vida como si fuese también una película aunque, eso sí, en tres dimensiones. De hecho lo único que consiguió fue que, a principios de los ochenta, el cine se transformara en algo cotidiano cuando los nuevos tiempos convirtieron la peluquería en uno de los primeros videoclubs de Madrid.

Mientras descolgaba el abrigo del perchero pensó que estaba llegando tarde. Había que levantar el cierre puntual, justo a las cuatro y media, cuando la mayoría de sus mejores clientas bajaban a la calle, recogida mesa y cocina, para ir a buscar a los niños al colegio. Era entonces cuando entraban en la tienda para devolver la película del día anterior y volver a alquilar un buen puñado de sueños con los que entretener su soledad mientras el marido

trabajaba y los niños estaban en la escuela. En este sentido, ella se consideraba afortunada. Nadie la podía dejar sola porque nadie la acompañaba nunca. Sólo lo hacían sus sueños en cinemascopio y aquellas cartas que, una tras otra, iba inventando y guardando en la vieja caja de marquetería.

El frío de la calle la sorprendió. Madrid, en otoño, gastaba estas bromas. «Aire de Madrid que mata a la vieja y no apaga el candil», se dijo. Luego, tras ajustarse los guantes, se subió el cuello del abrigo y, como siempre, echó a andar.

LUCAS

Lucas era, sin duda, un coleccionista nato. Hay quien colecciona llaveros, mariposas, sellos, vitolas de puro o cucharillas de plata; quien prefiere algo tan intangible como refranes, nombres insólitos o palabras polisílabas y quien, cuando la economía lo permite, hace acopio de obras de arte, porcelana china o incunables. Pero Lucas no tenía preferencias, lo coleccionaba todo. Absolutamente todo. Tanto que su vida se había convertido en una desmesurada y polifacética colección.

Todo había empezado muchos años atrás. Exactamente el día que cumplió siete años y alguien hizo llegar hasta aquel niño sensible, tímido y algo tristón un álbum de sellos. Gracias a aquel regalo Lucas, hijo único de padres en edad de ser abuelos, comenzó a encontrar sentido a las largas y solitarias tardes de domingo.

La historia empezó a complicarse el día en que descubrió en un sello de Zanzíbar un paisaje al que asomarse. Decidió entonces que también podía coleccionar postales. Sería como viajar, pero no había necesidad de moverse y resultaba mucho más se-

guro. Poco después, los llaveros le dejaron creerse con acceso a las llaves de todas las sabidurías y los autógrafos le premiaron con una imaginaria corte de amigos famosos.

Siguieron los billetes de tranvía con los que pasear, las mariposas con las que volar y las cajas de cerillas con las que prender infinitos fuegos fatuos. Por fin, cuando aumentó su peculio, se consagró a compilar acuarelas, figuras de porcelana, pisapapeles de cristal tallado y pastilleros de plata.

Año tras año, las colecciones fueron aumentando hasta adueñarse por completo de la vida de Lucas. Se convirtieron, además, en su única compañía ya que, muertos sus padres, los amigos fueron cansándose de sus obsesiones de coleccionista. Ciertamente que, en un principio, ellos se ofrecieron a colaborar con él, pero su paciencia acabó pronto. Exactamente cuando la codicia de Lucas amenazó en convertir sus viajes en eternos peregrinajes en busca de piezas improbables o pasaban a ser víctimas de sus reproches cuando descubría que no le habían guardado aquella localidad de cine que aún no había catalogado. Ante semejante panorama, se fueron apartando discretamente y Lucas acabó por quedarse solo.

No le importó demasiado. Ocupado como estaba en conservar y ampliar sus seriadadas posesiones, apenas si le quedaba tiempo para lamentarse de su soledad. Además, se había convertido en un hombre rico. Sus innumerables colecciones le permitieron abrir museos aquí y allá, organizar continuas exposiciones e incluso abrir rotativamente las habitaciones de su casa para dar a conocer sus tesoros más preciados. Poco a poco, lo que en un principio fue un pasatiempo acabó por convertirse en un rentable *modus vivendi*.

Y, sin que se diera cuenta, fue pasando el tiempo. Un día, al mirarse al espejo, comprobó que acababa de completar una nueva y copiosa colección a base de las canas que poblaban su cabello y las arrugas que surcaban su rostro. Lamentablemente, se dijo, ésta frenaba definitivamente aquella otra en la que había puesto todas sus expectativas.

No esperó más. Convocó una rueda de prensa y anunció que estaba dispuesto a abrir al público la más preciada e insólita de sus compilaciones. Aquella pensada para asombrar a futuras generaciones y conseguir que su nombre pasara la posteridad. Nadie antes lo había intentado. Pensaba legar a la humanidad la primera colección de besos de la historia.

Año tras año, con encomiable empeño, había ido acumulando ejemplares que, tras ser debidamente catalogados, guardaba en una enorme caja de taracea. Coleccionó así besos, besicos, besazos, ósculos, acoladas, buces y todas las demás variantes que recoge el diccionario. Había piezas tiernas, apasionadas, sensuales, dulces, frías, reverenciales. Recibidas —que nunca dadas— en la mano, en la boca, en la frente, en los ojos o en otros rincones más recónditos e insinuantes. Incluso pudo conseguir aquel frío beso de mármol del que un día escribieron Bécquer y Ungaretti. Todos tenían, sin embargo, algo en común. Invariablemente iban acompañados del recuerdo de un momento, por breve, único y mágico.

El día señalado se dirigió con la caja bajo el brazo hacia la sala de prensa de su oficina central, la misma desde donde controlaba todo su imperio recopilador. Por el camino fue recordando las penalidades soportadas para obtener aquellos ejemplares que luego serían, por inconquistables, los más valiosos o el desencanto cuando alguna pieza largamente codiciada resultaba insulsa y desprovista de contenido. Se sentía satisfecho e incluso llegó a sonreír —él, que nunca lo hacía— cuando recordó cuantas veces había debido apelar a su

condición de coleccionista coherente para evitar los ejemplares repetidos.

Cuando llegó, la sala estaba abarrotada de público. La televisión había dispuesto sus cámaras, la radio sus micrófonos y la prensa esperaba ansiosa y expectante. Se hizo el silencio y Lucas, pausado y ceremonioso, depositó la caja sobre una mesa previamente dispuesta. Con el gesto, más que con la palabra, avisó a los asistentes de la importancia histórica del momento.

Empuñó la llave, la introdujo en la cerradura y, solemnemente, la hizo girar. Levantó la tapa con enervante parsimonia pero, ante su sorpresa, en el interior sólo encontró un sinfín de letreros que catalogaban una serie inexistente de piezas. Tanto fue su desconcierto que se sintió desfallecer. Escondiendo la cara entre las manos, se dejó caer en una butaca próxima sin dejar de preguntarse por el destino de tanta caricia perdida.

Desencantados, público y prensa fueron levantándose de sus asientos. Lentamente abandonaban la sala mientras iba cobrando fuerza el rumor de la presunta debilidad mental de quien era considerado como el primer coleccionista de la historia.

Solo permaneció, sentada en una butaca de la última fila, una anciana inquieta, menuda, frágil.

Con los ojos hechos de renuncia y las manos marcadas de memoria. La misma que aún recordaba un lejano día de enero cuando, a la salida del colegio, un beso trémulo y avergonzado había inaugurado aquella singular colección.



*Este librito se terminó de imprimir en la ciudad
de Málaga, bajo el signo de las estrellas que
rigen la Constelación de Sagitario. Al
cuidado de esta edición las Librerías
Proteo y Prometeo*

María Pilar Queralt

Historiadora y escritora, María Pilar Queralt del Hierro ha publicado indistintamente narrativa y ensayo. Se inició en el ámbito de la novela histórica en 2001 con *Los espejos de Fernando VII*, a la que siguieron, entre otras, *Inés de Castro*, *Las damas del rey* y *Una gota de rocío*.

Entre sus ensayos biográficos cabe destacar *Las mujeres de Felipe II* (Premio Algaba de Biografía e Investigaciones Históricas 2011).

